

EN SEM.

Madrid. 4
Provincia. 3

EL OMNIBUS,

EN AÑO.

Madrid. 48
Provincia. 30

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas — Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

LA SOBRINA DEL BANQUERO.

NOVELA POR MADAMA DE ANGELOT.

1.

SILVANIA.

Hacia fines del mes de diciembre de 1842, el conde de Plenoel dejó el antiguo castillo de sus padres que habitaba, y que se hallaba colocado en uno de los sitios mas deliciosos de la Bretaña, y se dirigió para París con su hija única, la bella Sylvania, de edad de diez y ocho años. Apearonse al llegar en una casa de la calle de la Universidad, que de antemano tenia tomada,

El conde de Plenoel era un veterano *guardia de Corps*, y cuando en 1830 siguió hasta Cherburgo al rey, á quien habia jurado fidelidad, guardó en su corazon el juramento y se propuso vivir pacíficamente, sin meterse en negocios políticos, retirado del mundo, y solo en el viejo castillo casi arruinado, que tenia en las playas del mar distante de toda poblacion.

En los dias en que permaneció pensativo, triste y enfermo en Cherburgo, despues de la marcha del rey, este año recibió una carta escrita en los términos siguientes:

«Señor conde:

«Entre las jóvenes educadas en la casa real de Saint-Denis, hay una señorita que lleva vuestro nombre. Es hija de un coronel, muerto en Waterloo, que dejó una viuda joven y desconsolada, con una niña de apenas un año, en la situación mas crítica y mas adictiva. La joven fué colocada en Saint-Denis, y la madre murió. Ahora, señor conde, la señorita de Plenoel tiene diez y ocho años, no tiene bienes y no conoce á ningún pariente; nadie toma interés por ella.

«Esta mañana, leyendo un periódico donde venian los nombres de los oficiales que acompañaron al rey, he encontrado el vuestro, y habiendo visto que es idéntico al de nuestra discípula, le he hecho conocer nuestro descubrimiento. La joven cree recordar que en efecto su madre le habia hablado de que en la Bretaña tenia un primo de su mismo nombre, y estos datos, aunque bastante vagos, me han hecho presumir, sin embargo, que podríais tal vez ser ese único pariente de nuestra huérfana.

«Esta mañana, leyendo un periódico donde venian los nombres de los oficiales que acompañaron al rey, he encontrado el vuestro, y habiendo visto que es idéntico al de nuestra discípula, le he hecho conocer nuestro descubrimiento. La joven cree recordar que en efecto su madre le habia hablado de que en la Bretaña tenia un primo de su mismo nombre, y estos datos, aunque bastante vagos, me han hecho presumir, sin embargo, que podríais tal vez ser ese único pariente de nuestra huérfana.

«Con este motivo me ha parecido conveniente daros noticia de la existencia de esta joven, que ignorais sin duda alguna. Lo he hecho casi contra su voluntad, pues la señorita de Plenoel teme faltar á la dignidad del nombre que lleva, recurriendo á una proteccion que la pueden negar, y se halla muy conforme en consagrar su vida á la enseñanza en nuestra casa, lo que para nosotras es muy satisfactorio. Muy fácil le será dar lecciones en una casa en donde en su juventud no ha dado mas que buenos ejemplos.

«A pesar de esto, señor conde, he creído, por favorecer á esta joven, escribiros esta carta, si no en su nombre, á lo menos en el mío.

«LA SUPERIORA DE LA CASA REAL DE SAINT-DENIS.»

Mr. de Plenoel no vaciló largo tiempo; su resolución estaba tomada ya antes de haber terminado la lectura de la carta.

«Es de mi familia; recuerdo lo que mi padre me habia dicho. Tengo un deber que cumplir; puedo vivir independiente, de modo que el dividir con ella mi modesta fortuna es una obligacion que nada puede dispensarnos.

El conde siguió de nuevo á caballo aquel mismo camino que acababa de recorrer á la portezuela del coche del rey proscrito, y su corazon, traspassado de dolor como el primer dia, se encendió doblemente por lo que veia y por lo que le recordaba la carta recibida.

marcha, en el momento en que tocaba al fin de su viage. Únicamente cuando se dirigia á pie á la casa real de Saint-Denis, se paró un segundo, iluminado de repente por un pensamiento de joven.

«¿Y si es fea?... ¿si tuviese algun defecto?... ¿sí... sí?...»

Pero el conde de Plenoel, á pesar de los mil fantasmas que cruzaron de pronto en aquel momento por su imaginacion, mas ó menos desagradables, volvió á continuar su camino, y solo se paró en la porteria para aguardar á la señora que le habia escrito.

«Es el último deber que tengo que cumplir, dijo para sí, y pasó adelante.

La superiora se presentó, y con ella vino una preciosa niña, pequeña, delicada, un poco pálida, y que apenas representaba quince años: era la señorita Angela de Plenoel.

La joven alzó los ojos sobre el conde sin pronunciar palabra, mientras el conde la examinaba extasiado!... Por último, despues de un momento de silencio y disipada la primera emocion, Mr. de Plenoel dijo con tono conmovido:

«Al saber que una persona de mi familia, joven y huérfana, carecia de apoyo y de fortuna, vine á ofrecerla la única proteccion que un hombre de mi edad puede dar á una mujer, mi mano... y mi modesta fortuna... pero...»

El conde se detuvo, la joven se sonrojó, y dijo algo cortada:

«¿Pero cambiáis de resolución al verme, primo mío?»

Y trató de sonreirse.

«Al contemplaros tan bella, dijo, temo que creea que trató de aprovecharme de la mala fortuna de una criatura.

Angela, serena ya, respondió riendo:

«De una criatura, que quisiera, en efecto, ser hermosa y buena para tener á lo menos algo que ofrecer en cambio de lo que recibe.

El conde se despidió, y dijo á la superiora:

«Guardadme á mi prometida quince dias; despues volveré en busca de mi esposa. Nos casaremos aquí, y luego subiremos para mi pobre residencia de Bretaña. Cuando os canséis de estar allí, Angela, vendremos á París.

Así se hizo. Pero la joven no se cansó de vivir en Bretaña. El conde tenia veinte y ocho años, era buen mozo, y hombre de talento; su mujer no podia ser mas encantadora, de modo que los esposos se quisieron apasionadamente.

Es verdad que los dos habian tenido que lamentar las vicisitudes é inconstancia de la fortuna; los dos habian visto caer los poderosos mas grandes de este mundo, el que se apoyaba sobre el derecho, y el que se alzaba sobre la gloria.

«¿Qué ambicion podian tener? ¿Qué bienes podian desear? Así fijaron toda la fuerza de su alma en el afecto que les unía. Siempre juntos, siempre alegres de estar unidos, los mil detalles de la vida diaria eran para ellos otros tantos motivos de leer una cosa nueva en sus razones: era un libro inagotable donde á cualquier hora podia leerse sin fastidiarse nunca.

Tanta felicidad era mucho para el mundo en que habitamos.



Los esposos se quisieron apasionadamente.

«Remontábase, pues, á aquella otra época en que su pariente, soldado como él, agregado al estado mayor de Napoleon, habia tenido su parte en todas las glorias del imperio, y que, como un brillante coronel de aquellos tiempos, habia muerto por defender las esperanzas sepultadas en Waterloo! ¡Meditaba con profunda amargura que nuestro siglo es un siglo de desgracias para unos y para otros!»

Abismado en estas reflexiones, el conde olvidaba que acababa de aventurar el porvenir de toda su vida, sin saber si le sería posible esperar aun un poco de felicidad sobre la tierra, y ningún cuidado sobre su destino personal se lanzaba entre los temores que le asaltaban respecto de los otros.

De este modo hizo todo el camino lentamente, parándose en las posadas menos concurridas, sin detenerse mas que el tiempo indispensable para el descanso, sin precipitarse ni retrasar la

Al cabo de cuatro años de matrimonio, creyeron que su dicha iba á acrecentarse todavía con el nacimiento de un hijo: pero la delicada jóven disfrutó muy poco la dicha de ser madre. Angela murió, dejando á su hija Silvanía demasada tierna para que conociera su infortunio, quedando el conde tan desesperado, que estuvo á punto de perder el juicio. Después de muchos años de lágrimas y de padecimientos, amó á su hija con la ternura con que amó á su madre, pero nunca pudo olvidar su pérdida.

Cuando Silvanía llegó á los diez y ocho años, deseó ver París, y su mismo padre conoció que va era tiempo de presentarla en el mundo y de hacerla un marido. Con este motivo dejaron la Bretaña, el antiguo castillo y sus antiguos hábitos, para instalarse en la capital, en el arrabal de San German, en donde vive la aristocracia.

El conde de Pienoeel era uno de esos hombres simpáticos en todas partes, por su carácter y por sus buenas cualidades interiores y exteriores. Mostró afable, porte distinguido, soltura en sus acciones, amabilidad en sus palabras, todo lo reunía el conde. El conde había brillado durante veje años en las mejores sociedades de París, en tiempo de la restauración; había desplegado mucha gracia y ternura en su vida de casado, y llegado á la edad avanzada conservaba muy buen talento e imaginación. Hablaba muy bien, y esto porque no desplegaba los labios sin tener que decir alguna cosa. Aficionado naturalmente á la ironía, tuvo mucho campo en esa época en que, volviendo á París después de haber pasado muchos años en el seno de la naturaleza, debió estrañar en alto grado las ridiculeces contraindas en la sociedad, si la melancolía que le ocasionaba la pérdida de su querida esposa, no hubiese apagado su chispa natural. Desde la muerte de Angela el conde no había vuelto á reírse; cuando más, únicamente se sonreía.

La educación de su hija única, de su querida Silvanía, había sido su única ocupación, que cumplió con aquella racional discreción que ponen en todas sus acciones, y la bellísima índole de la jóven no había desaprovechado nunca las prudentes y sabias lecciones que le había dado. De todo había sacado partido, de la educación material, de ejercicios al aire libre, destinada á fortalecer su cuerpo, y de la educación intelectual de lecturas destinadas á fortalecer su entendimiento.

Silvanía era alta, fresca y de buen color; lindos cabellos rubios adornaban su bello rostro de un óvalo perfecto; sus labios, de un color subido, eran ligeros y sencillos, y sus ojos azules tenían á veces una viveza un poco irónica, pero estaban templados en el fondo de una encantadora alegría. Al ver su expresión y sus modales, se notaba que le era grata la existencia. Nunca había experimentado la menor pena, y su juventud no contemplaba el porvenir sino bajo las mas halagüeñas esperanzas.

La casa que había tomado su padre, estaba amueblada con lujo y elegancia. Dispuesta un año antes para una recién casada, que los médicos condenaron á buscar durante el invierno un sol más puro y mas caliente que el de París, se quedó desocupado aquel retiró íntimo, aquel nido que había abrigado la felicidad conyugal de los primeros días. Vivimos en un tiempo en que el amor del dinero ha matado no solo la poesía, sino hasta el respeto que el hombre se debe á si mismo. Una casa entregada con muebles y todo, sin misterio, á gentes desconocidas, por un puñado de oro, es una de las profanaciones que mas ofenderán las delicadas ideas de una mujer, si aun hubiese hoy ideas delicadas.

Este aposento había sido elegido de antemano por la señorita de Beville, la mujer que ayudaba al conde á educar á su hija.

La señorita de Beville era una verdadera solterona que no trataba de disimular ni su posición ni sus años. Sus parientes, arruinados por la emigración, la habían dejado sin fortuna, sin juventud y sin hermosura cuando murieron, y se llevaron consigo todos sus recursos, que consistían en una renta vitalicia.

Desde veinte años que la pobre señorita de Beville iba rondando por las casas pudientes, formando la conexión de las jóvenes, y á pesar de su economía no había llegado á juntar para

vivir independiente, cuando á los cincuenta años halló un asilo en casa del conde de Pienoeel, para cuidar á Silvanía en su infancia.

El corazón de esta excelente mujer se habría enteramente consagrado á la niña Silvanía, si no hubiese tratado de retráerse un poco, temiendo las penas que sentía con frecuencia, cuando dejaba á sus discípulas y se quedaba enteramente privada de lo que tantas veces le había hecho experimentar los gozes de una madre. Sin duda para conservar estos sentimientos de afecto, había consagrado una parte de sus cuidados á un gran loro que llamaba *Mignon* (pequeñito).

Mignon era el flaco de la señorita de Beville; le quería con ternura y hasta con celos. Al principio no había sido mas que una diversion cuando no tenía que ocuparse de otra cosa que en cuidar la infancia de Silvanía; pero después, á medida que esta iba creciendo, y que por consiguiente iba emancipándose de ella, el loro fue su exclusivo cariño y amor.

Cuando se trató del viage á París, y cuando ella conoció que un matrimonio iba á privarla de Silvanía para siempre, *Mignon* se hizo inseparable de la solterona, lo que prueba que el corazón de una mujer no puede existir sin estar ocupado de un amor esclusivo.

Mignon había hecho, pues, el viage de Bretaña á París sobre las rodillas de su ama, quince días antes de que el conde de Pienoeel y su hija se pudiesen en camino.

Pero al lado de la pasión por *Mignon*, que la señorita de Beville alimentaba con todas sus fuerzas, la pobre solterona amaba afectuosamente al conde y á Silvanía, á pesar de que este amor se hallase algun tanto contrariado por sus raciocinios, pues solía decir: ¡Nada me separará de *Mignon*, y todo va á separarme de esta familia, como ya me he visto separada de otras mochas!

Y un suspiro comprimido oprimía su corazón.

A pesar de sus esfuerzos, nunca pensaba en otra cosa que en lo que podía ser útil ó agradable á Silvanía, y como conocía muchas personas distinguidas en la mejor sociedad de París, como se hallaba muy enterada de todo, quiso ir anticipadamente para buscar casa y para estrechar ciertas relaciones de que pudiese sacar algun partido la jóven á quien amaba á pesar suyo, y aun sin quererlo, mucho mas de lo que debía.

Silvanía se quedó asombrada cuando vió los preparativos que había hecho la señorita de Beville, y la dió gracias con una alegría infantil por la linda casa que había elegido.

Así la primera sensación que experimentó la jóven en París, fue una sensación de satisfacción y de placer.

Después de haber dormido bien por la noche, Silvanía se despertó al día siguiente muy contenta, y á las diez entró en el cuarto de su padre, fresca y risueña, andando de puntillas, se echó sobre el respaldo del sillón, depositó un beso en la frente de su padre, y después permaneció allí graciosamente apoyada, viendo lo que hacía.

—¿De qué se está tratando, la dijo.

—¿Cómo, padre mío? ¿Me parece que veo en vuestras manos billetes de banco?

El conde se sonrió, continuo echado algunas cuentas, y luego pasó juntos muchos billetes que formaban la suma de tres mil francos, y presentadoselos á Silvanía, la dijo:

—Toma, hija mía.

—¿Esto es para mí?

—Si, querida Silvanía, esto es para tus alfileres. Llegamos de nuestras soledades de Bretaña; vas á entrar en la sociedad, vas a ver y ser vista, y así es preciso que te vean hermosa y bien adornada.

—Gracias por vuestro regalo, padre mío, dijo Silvanía con ternura; pero añadió después de un instante de reflexión, muchas veces me habeis dicho que una mujer de juicio no debe jamás pensar en su figura.

—Y no estare equivocado, repuso el conde sonriendo; sin embargo, en la sociedad en que vas á entrar, la cualidad que se aprecia mas es la hermosura.

—Pues no he olvidado, padre mío, que ante todo es preciso cultivar la inteligencia, instruirse y adquirir conocimientos: cuántas veces

me habeis dicho que esto es lo esencial y no otra cosa!

El conde replicó después de un momento de silencio:

—He hecho bien en decírtelo, hija mía... sin embargo, es preciso componerse, ocultar la instrucción, disimular la inteligencia y no hablar jamás de lo que se sabe.

Silvanía hizo un ligero movimiento de estrafieza, y luego, poniéndose enfrente de su padre, le preguntó sonriendo con malicia:

—¿Y qué se debe hacer de las buenas cualidades que se poseen?

—¡Pregunta singular! respondió el conde, sin duda porque se vió apurado para responder á ella.

Pero Silvanía añadió riendo:

—Segun lo que consiguen los talentos, confieso que me alarmo por las cualidades; así tambien me deciais que jamas se debe faltar á la verdad ni en lo mas mínimo.

—¡Hee bien en decírtelo, hija mía, replicó el conde con acento mas serio. Un caracter noble es esclavo de la verdad, pero...

El conde se detuvo un poco, y luego prosiguió:

—Pero, sin embargo, hay que guardarse bien de decirlo, porque en sociedad se debe ocultar lo que se piensa de los otros, y ni aun es permitido decir verdad en lo respectivo á uno mismo.

—¡Entonces no habrá confianza! dijo tristemente Silvanía; ¿y que se hace con las amigas? porque yo me propongo tener amigas, y mi corazón se halla dispuesto á corresponder con usura al afecto que me profesen.

—¡Cuidado, hija mía! dijo el conde con ternura, porque aquellos que en sociedad se ofrecen á nosotros con mas afán, casi siempre llevan la intención de engañarnos.

—¡Ah! repuso vivamente Silvanía, ¿acon que entonces no hay mas que falsia é ignorancia en esa hermosa sociedad, donde nadie puede brillar impunemente por la sinceridad y el talento? Pues yo creia que cada cual contribuía en esa sociedad con sus mejores dotes; el uno con el talento, el otro con la gracia, la instrucción, la ciencia; que se hablaba de amado se sabia...

—Eso, dijo el conde riendo, parecería de muy mal gusto á los que no pueden contribuir con nada, é irritaría á los necios que para nada sirven. Por eso el mayor elogio que la gente de los salones puede hacer de una persona superior, es decir de ella: ¡No se nota su superioridad! Esto satisface la vanidad de todos.

Pero Silvanía no quedó contenta con esta explicación, y dijo admirada:

—¿Cómo! ¿nuestro pais, este pais que tiene la pretension de ser el mas inteligente del universo, arregla la sociedad al gusto de los imbeciles?

—Hay que respetar la mayoria, respondió irónicamente el conde.

—Volvamos á Bretaña, padre mío, dijo Silvanía.

—¿Ya te soblevas? dijo el conde, cogiendo de las manos á su hija. ¡Buena! con eso, París no influirá en tu naturaleza, pero es preciso que vivamos aquí ahora. A tu edad, una jóven debe casarse lo mas antes.

—¡Oh! ¡yo no necesito presentarme en los salones parisenses para hallar un marido! respondió aturdidamente Silvanía.

El padre hizo un movimiento de sorpresa, y miró atentamente el rostro de su hija, que se halla puesto encarnada como una cereza.

En aquel momento entró un criado anunciando al conde que Mr. Desronest enviaba un recado para decir que deseaba hablarle.

El nombre de Mr. Desronest pareció producir una viva impresion en Mr. de Pienoeel, que miro con mas atención á su hija; pero Silvanía se hallaba inclinada sobre un libro que acababa de abrir, de modo que no podia vérselo la cara.

—Mr. Desronest, dijo el criado, pregunta si el señor conde tendrá la bondad de recibirle esta mañana.

—¿Pero no vamos á comer hoy á su casa? preguntó Mr. de Pienoeel.

—¡Oh! ese caballero no lo ha olvidado, seguramente, porque muchas veces ha repetido que el señor conde y la señorita, trian el primer día

do su llegada; pero quiere hablar en particular á Mr. de Plenoel antes de la hora de la comida, repuso el criado.

—¡Ah! exclamó Mr. de Plenoel, y luego fijó de nuevo sus ojos en Silvania, que continuaba poniendo toda su atención en el libro que tenía delante.

—¡Bien! dijo después de un momento de vacilación, podeis decirle que le espero á las tres.

Después que se quedó solo con su hija, el conde la dijo algo conmovido.

—Mr. Desronest tiene que hacerme una comunicación muy importante.

—Y Dios sabe, repuso Silvania riendo, la importancia que dará á sus palabras, porque es muy elocuente y solemne nuestro buen vecino. Pero olvidaba que su hermana debe venir hoy temprano para llevarme á ver tiendas, y os voy á dejar, padre mio, á fin de vestirme y estar lista cuando ella llegue.

Silvania habla dicho muy de prisa las últimas palabras, y salió del cuarto antes de que su padre fuese tiempo de hacerla pregunta alguna.

El conde se quedó meditando y descontento, el nombre y el mensaje de Mr. Desronest suscitaban en él ideas muy poco agradables.

Se continuará.

PROBIDAD DEL BANDIDO ITALIANO.

En la pequeña aldea de Eboli, situada cerca de Salerno y de las ruinas de Pesto, habitaba un aldeano llamado Marco, con su mujer y un hijo en una misera choza. Era hombre que vivía de su trabajo para salir del día, contento con su suerte y sin deseos, porque el producto de su trabajo bastaba para alimentar á su familia. Nunca se le había ocurrido meditar lo que sucedería si sus brazos faltaban para sostenerla, porque á qué fin tan previsoras alarmas? Las hijueras nunca habían dado mejores frutos, ni se habían vendido á mejor precio. Sus vecinos le amaban, y se valían de él como de un obrero hábil y un hombre honrado, incapaz de perjudicar á nadie en un mercado. La felicidad de Marco no duró mucho, por haber muerto su padre, dejándole por herencia una deuda de doscientos ducados. Marco resolvió pagarla, y quitar aquel borron del nombre de su padre. Imploró el favor de todos sus vecinos para que le prestaran aquella suma; mas ninguno de ellos estaba en estado de hacerlo, por ser muy escasa, y dudó su cobranza. Entonces Marco se fué derecho al sujeto que reclamaba la deuda; rico usurero que vivía en una suntuosa quinta cerca de Nápoles. En vano le suplicó, le repitió que aquella deuda era sagrada para él; que la pagaría con el tiempo, porque aunque vendiese en el día su pobre casa, no alcanzaba para pagar la cuarta parte de la deuda.

El banquero no daba mas respuesta que:

—El dinero, ó embargo de todos tus bienes.

Entonces Marco, reprimiendo su indignación, le contestó:

—Estando en Todos Santos, para la pascua estaréis pagado, pero que todo lo que ocurriere sea á vuestro cargo.

Volvió á su casa, pero al otro día de su llegada la puerta no se volvió á abrir. Marco, su mujer y su hijo habían desaparecido; nadie los había visto partir, no se sabía hacia qué parte habían echado. Como era un hombre determinado y capaz de vengarse cruelmente de una ofensa, nadie se atrevió á comprar la casita á pesar de haberse anunciado su venta. Los días pasaban y Marco no volvía.

Hacia mediados de enero corrió la voz de que un cuadrillo de bandidos, tan terrible que parecía sobrepasar al célebre Fra-Diavolo, estaba oculto en los Apeninos, y ponía á contribucion todos los viajeros en el camino real de Nápoles á Regio. Se decían cosas extraordinarias de su valor y su generosidad. Se le creía acompañado de una cuadrilla numerosa que aumentaba de día en día, pero que por temor de sorpresa nunca espantaba mas que un pequeño número de su

gente, mientras que la restante, oculta detrás de las rocas, estaba dispuesta á hacer fuego si había resistencia. En fin, el terror que esparció con sus fechorías fué tan grande, que llegando á noticia del gobierno napolitano, dirigió hacia la parte de las montañas que infestaba, un cuerpo de carabineros con orden de aniquilar toda la gavilla y apoderarse del jefe, poniendo precio á su cabeza.

Delante de estas tropas, dos nobles esposos napolitanos, salieron de Cosenza en silla de posta, llenos de seguridad por las tropas que traían detrás, y sin embargo, aquel mismo día, cuando se internaron en los desfiladeros de las montañas, una voz mandó hacer alto al postillon. Este obedeció y entonces un hombre, cubierto el rostro con un pañuelo negro, bajó tranquilamente por entre las rocas su carabina en la mano, y llegándose á la portezuela del carruaje, la abrió é intimó á los viajeros que si hacían resistencia eran muertos. En seguida les pidió con mucha cortesía que le prestasen cincuenta ducados, con lo cual podrían seguir su camino. El viajero, contento por verse libre á tan poca costa, los dió en el acto.

—Todavía tengo otra cosa que pedir, continuó el bandido sonriéndose por el estremecimiento que causaba al viajero; escribid vuestro nombre y las señas de vuestra casa en este papel.

Conseguido esto tambien, cerró la portezuela saludando, desapareció por entre las peñas, y los postillones siguieron su ruta.

Entretanto el bandido iba trepando por entre las rocas, con mil rodeos y precauciones hasta llegar á una pequeña eminencia que parecia impracticable vista de lejos. Parecia que todo lo más podría servir de nido á alguna ave de rapina. El bandido llegó á donde estaba una mujer que daba de mamar á un niño, se sentó á su lado, se quitó su ancho sombrero, y luego el rebozo que le cubría.

Era Marco.

—Y bien, dijo con risa silenciosa, Josefa, he aquí los cincuenta ducados que nos faltaban. Todavía hallé gentes que creían tener una legión de diablos delante de sí, y que casi me daban las gracias por pedirles tan poco. Que San Genaro y todos los santos me perdonen; la tentación era fuerte; pero al fin la suma está reunida, y la casa no saldrá de nuestro poder.

—Y bien, ¿qué esperas ahora? le dijo Josefa.

—¿Quién sabe, con otra ocasion como esta seremos ricos.

—Marco, respondió ella, lo que tú has hecho hasta ahora ha sido por el buen nombre de tu padre.

Marco no le respondió, por haberse quedado dormido, estropeado del cansancio y vigilia de la noche. Josefa seguía dando de mamar á su niño, cuando sintió ruido en el camino; tomó la carabina de Marco sin despertarle, y mirando hacia el camino, vió soldados á caballo y otros á pie, que empezaban á visitar los senderos de las montañas. Algunos de ellos estuvieron cerca del escondite del bandido; pero sin descubrirle, en tanto que la pobre mujer no respiró hasta que los vió dirigir hacia otro lado sus pesquisas. Entonces despertó á su marido, y manifestándole los carabineros que se alejaban, le dijo:

—Marco, con otra ocasion como esta, el niño quedaría huérfano.

Dos días después, la puerta de la cabaña de Marco, en Eboli, ya estaba abierta por la mañana, y Josefa estaba sola con su niño, porque su marido había ido á pagar la deuda de su padre. A poco tiempo Marco formaba compañía con uno de sus vecinos para el comercio de los higos, y fundaba un pequeño capital.

Por lo que hace al terrible bandido de los Apeninos, los carabineros volvieron sin haberle encontrado; él y su cuadrilla desaparecieron desde aquella manifestacion imponente de la fuerza armada.

Antes de espirar el año, cada una de sus víctimas encontró un día en su casa una suma igual á la que le había sido robada. Lo que yo espero que no incitará á nadie imitar la probidad del bandido Marco.

MISCELANEA.

Los ISTMOS.—El atravesar los istmos cortándolos, ha sido siempre una de las primeras atenciones de los hombres de Estado y de los amigos del progreso, porque es un medio de hacer mas prontas y mas fáciles las comunicaciones entre las diversas partes del globo, condiccion esencial á la propagacion de la civilizacion. En este instante la atencion pública se halla fijada, sobre todo, en el istmo de Suez y en el de Panamá. Basta, en efecto, echar una simple ojeada sobre el primer mapa-mundi que tengamos á mano, para conocer la importancia de los trabajos de canalizacion proyectados para estas dos localidades. Ya el camino de hierro del istmo de Panamá ha facilitado los viajes de California, lo mismo que hará el del Cairo, prolongado hasta Suez, para los viajes de las Indias. Pero un camino de hierro no reemplazará jamás completamente en un caso igual, á un canal que puedan recorrer navios de vela, sin tener que verificar el descargo de las mercancías.

Ademas de estos dos diques puestos por la naturaleza, el uno entre el mar Rojo y el mar Mediterráneo, el otro entre el golfo de Méjico y el Océano Pacífico, diques que se trata de cortar, existen en el mundo una multitud de otros istmos, cuya cortadura tendrá un día su grado de utilidad. Pueden citarse:

En Europa el istmo del Chersoneso Cimbrico, entre el Báltico y el mar del Norte; el istmo de Corinto entre el golfo de este nombre y el mar Egeo; el istmo de Gallipoli entre el mar de Mármara y el golfo de Saros.

En Asia el istmo de la península de Malacca entre el golfo de Bengala y el mar de China.

En América, el istmo de la península de la baja California, entre el mar Bermejo y el Océano Pacífico. El istmo de la Florida, entre el Océano Atlántico y el golfo de Méjico.

Hay todavia istmos que podrian llamarse mistos, porque están colocados, no directamente entre dos mares, sino indirectamente ó entre dos rios que desembocan en estos dos mares, ó entre uno de estos dos mares y un rio que desemboca en el otro. Tal es el istmo que se puede llamar del Languedoc, entre el mar Mediterráneo y el Océano, con el intermediario del Garona, istmo que ha sido atravesado por el canal del Mediodía; el istmo muy ancho de Siria, entre el mar Mediterráneo y el golfo Pérsico, por el Eufrates, istmo que los ingleses tienen la intencion de atravesar por un camino de hierro y una linea de buques de vapor. El istmo de Tartaria, entre el mar Negro y el mar Caspio, por el Don y el Volga, que ha sido atravesado por el canal que renne estos dos rios.

Podria citarse otra porcion de istmos de esta naturaleza, pero estos son los mas principales. La obra colosal de la cortadura del istmo de Suez, ya á ser especialmente ventajosa para la España, por lo que va á facilitar y acelerar las comunicaciones con las islas Filipinas, ese precioso florón de la corona de los monarcas de Castilla, y ese resto que aun nos queda de las glorias de la dinastía austriaca, en cuyo tiempo jamás se ponía el sol en los dominios españoles.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.—DE LA LUZ.—La luz se compone de infinitas partículas diminutas, proyectadas ó arrojadas de un cuerpo luminoso en todas direcciones con la mayor velocidad. Que la luz difunde todas sus partículas en todas direcciones, lo comprueba una vela colocada en una eminencia en una noche oscura, la cual se verá por cuantos lados se dirija la vista á mayor ó menor distancia, segun sea el cuerpo de la luz; pero teniendo presente que su parte luminosa disminuye del mismo modo que la impresion del fuego, segun va aumentando el cuadrado de la distancia; es decir, que á dos varas de distancia tendremos cuatro veces menos de luz, á tres varas nueve, á cuatro diez y seis; y así en progresion descendente.

La luz se renueva siempre en linea recta, y entre los infinitos objetos que acreditan esta ver-

dad, citaremos las sombras que arrojan los cuerpos opacos, especialmente cuando vemos que aquellas son en un todo iguales á estos, lo cual no podría suceder si no fueran rectas dichas líneas.

Cada una de estas infinitas partículas puesta en movimiento forma un rayo de luz. Reuniadas muchas de ellas forman lo que se llama un manojo de rayos, los cuales al caer sobre un cuerpo, en cuyo acto toman el nombre de rayos de incidencia, se transmiten á nuestros ojos tomando el nombre de rayo de reflexion, y en estos se funda toda la catóptrica, no siendo las demás leyes mas que unas consecuencias y aplicaciones de aquella. La física reconoce una perfecta igualdad entre los rayos de incidencia y reflexion. Si uno se coloca frente de un espejo, verá su figura por impresion, y no por ángulo de incidencia ni reflexion, porque éstos no existen sino cuando se coloca el cuerpo de un modo oblicuo, y si dos cuerpos se colocan en esta última posición por ambos lados del espejo, se verá el uno al otro, y ninguno á sí mismo; es decir, que cada uno transmite alternativamente los rayos propios de incidencia, y recibe los de reflexion del otro cuerpo.

La reflexion la causa el azogue que hay en los espejos, porque sin él pasarían los rayos de luz por medio del cristal sin detenerse, y en este caso tomaría el nombre de medium ó intermedio, cuya cualidad corresponde á todos los cuerpos transparentes, como el aire, agua y demás fluidos.

LA HORTENSIA.—La hermosísima flor llamada hortensia, es tan conocida de la mayor parte de los lectores, que nos hubiéramos aborradado darle ella el dibujo, si este no tuviese interés para aquellos que dedicándose á la historia natural, gustan de hallar entre nuestras viñetas algunos ejemplos de las clasificaciones admitidas por los botánicos.

La hortensia tiene sus flores de la forma que llaman en *corimbo*. Dichas flores forman distintos grupos, que se encuentran en el extremo de las ramas. Las mas internas en cada son parecidas á las esternas.

La belleza de estas flores, que ya son de color de rosa, ya azules, les valió el ser muy de moda hará como treinta años, y aun en el día sin ser objeto de un esclusivo empeño, no dejan de ser muy buscadas, no obstante ser inodoras.

Comerson, habiendo hallado esta planta en su viaje alrededor del globo, dedicóla á una persona querida que le acompañaba en sus escursiones. Aunque antes que él habian descrito esta planta otros viajeros como Thunberg y Loureiro, habian dado nombres diferentes, y confundido con otras especies.

Los chinos y japoneses, á cuyos países fuimos á buscar la hortensia, aprecian como nosotros su gracia y colores; de modo que en los papeles pintados que de allá nos llegan, á menudo vemos estas flores al lado de las camelias, que tambien á su vez hicieron furor entre las sociedades de elegantes, en los bailes, tertulias, etc.

La hortensia se multiplica muy fácilmente; pero debe resguardarse del frío; sus flores se suceden y conservan todo su lustre durante la mayor parte de la primavera. La variedad que produce las flores azules se obtiene mediante una tierra ferruginosa. Los japoneses llaman á esta planta *siyo*, y los chinos *sau sau-kou*.

ANÉCDOTA.—Había una ley antiguamente en Alemania, de que la muger condenada á la pena capital, podía ser rescatada si se presentaba alguno á casarse con ella. Se hallaba una jóven de Viena á punto de sufrir el último suplicio, cuando un napolitano de figura enana y de extraordinaria fealdad, pesoso de que hubieran desaparecido de repente tantas gracias, se ofreció á

darle su blanca mano, y adelantándose hácia el patíbulo, pidió que le fuera entregada aquella víctima. El juez accedió á su solicitud, pero con la condición de que concurriese la espontánea voluntad de la parte interesada. Se dirigió entonces á la jóven con mucha ternura, diciéndola que quisiera ofrecerle á sus pies una corona en prueba de su amor; «¡Ah, señor! contestó la jóven, mucho aprecio tanto afecta y generosidad; mas no soy dueña de mi corazón, ni puedo hacer traición á mis sentimientos, y prefiero la muerte que me amenaza al enlace que se me propone con un hombre tan feo como usted.» Se retiró el napolitano lleno de confusion, y la muger escitó al verdugo á que hiciera su deber.

En abozado muy codicioso hizo pagar muy caros los honorarios que le debía una señora, con la que habia de casarse muy pronto, como ella lo reconociese de su falta de galantería, en momento en que era esta menos disimulable, la contestó con mucha formalidad al letrado: «He querido dar á vd. una prueba práctica de lo lucrativa que es mi profesion, para que vd. se convenza de que ya soy un buca partido.»

En un día de Ineves Santo se fué á confesar un gallego. Se arrodilló á los pies del confesor, y despues de santiguarse y recitar la Confesion general, se aproximó muy compungido á decir su culpa. El padre ministro le preguntó: «¿Se ha examinado de doctrina cristiana?»—«Sí, padre.—Vamos, ¿y qué sabe en ella?»—«Se bastante, pero con especialidad el Padre nuestro en latín.»—Pues dígame.

Y el gallego dijo:
Pater noster quies in celis. Don Tibidetur nomen tuum ad veniat regnum tuum, fiat volun-

bra porque es mortal. Nada mas importante en relacion á la eternidad. Parece que la perfeccion de cada cosa consiste en su accion, porque cada cosa tiene su accion. La perfeccion y lo bueno de un arquitecto es edificar; y del pintor como tal, hacer un cuadro, y así de los demás. ¿Qué los artesanos mismos, que profesan las artes mas mecánicas, tienen sus acciones: los zapateros, los albañiles, los carpinteros; ¿el hombre solo, se encontraría sin accion? ¿Le habria destinado la naturaleza á una ociosidad eterna? ¿Le habria formado tan hermoso, tan diestro, tan ansioso de saber, para dejarle siempre inútil? O bien, ¿no es preciso decir mas bien que si los ojos, las orejas, el corazón, el cerebro, y generalmente todas las partes que componen el hombre, tienen su accion, ¿el hombre tendrá ademas de aquella, alguna accion, alguna obra, alguna funcion principal? ¿Cuál, pues, podrá ser su funcion? Porque seguramente la facultad de crecer le es común con las plantas. Luego tiene necesidad de alguna cosa que le sea peculiar, porque encontramos que la perfeccion de cada cosa, es ejercitar la accion que Dios y la naturaleza le han dado para distinguirla de las demás. Por ejemplo, la perfeccion de tocar el arpa, en tanto que es tal, no consiste en lo que pueda tener de común con el aritmético y el pintor, como pueden ser la agilidad de las manos y la ciencia de los números, sino en lo que es propio. Por esta misma razon, es claro que el hombre no puede encontrar la perfeccion en las funciones animales, porque los brutos le igualan y aun le sobrepasan algunas veces en esta parte. Si encontramos despues de una exacta investigacion de todo lo que hay en el hombre, que la razon es todo lo que hay de mas propio y de mas divino, ¿no deberemos afirmar que la perfeccion del hombre es vivir segun la razon? Y de aquí resulta que en este ejercicio consiste su felicidad. Porque es cierto que cada cosa es feliz cuando ha llegado á la perfeccion para que ha nacido, y la perfeccion del tocador de arpa, como tal, es el tocar delicadamente este instrumento tan armonioso. Porque como la propiedad del tocador de arpa es tocar el arpa, así es de un buen tocador de arpa, el tocarla segun las reglas del arte. Si el hombre no tuviese mas cualidad que la de tocar el arpa, seria perfectamente feliz cuando hubiese llegado á la perfeccion de esta ciencia. Lo mismo sucede con la razon, y aunque el hombre tenga aun otra cosa que la razon, sino es esta en él, al menos la parte dominante, y la otra la usada para obedecer, por donde parece que la felicidad del hombre consiste en vivir segun la razon. En lo que es preciso no tomar en cuenta los sentimientos particulares, porque el espíritu del hombre es capaz de errar, no solo en la eleccion de las cosas que es preciso hacer para ser feliz; sino en el conocimiento de todas las demás verdades. De modo que no es preciso tomar en cuenta el juicio de las que se han figurado una idea falsa de la felicidad; y así, estando engañada su imaginacion, parecen gozar en alguna sombra de felicidad, semejantes á los hipocóndricos, cuya fantasia, herida, se alimenta de la ilusion y del sueño de un placer vano y quimérico, y de leve fantasmas, de un espectáculo sin cuerpo.

BOSSUET.

«Solo el que sabe lo mucho de bueno que en una hora se puede llevar á cabo, no flora debidamente la pérdida de un día disipado!»

LAVATER.

Un corazón benévolo nos proporciona mas amigos que la riqueza, y mas crédito que el poder.

FENELON.



La hortensia.

tas tua, sicut in celo et in terra. Panem nostrum escoldiditum Duña Visodia; y al llegar aquí dijo como quien tiene una gran duda de que desea salir.—Dígame vd., padre, ¿quién es esta duña Visodia, que por mas vueltas que doy no puedo dar con quien sea? Y el padre le contestó. ¿Quién ha de ser, majadero, sino la muger del don Tibidetur que acabas antes de nombrar. Con lo que quedó tranquilo y satisfecho el pobre gallego, y continuó su confesion.

DEL HOMBRE Y DEL OBJETO DE SU ACTIVIDAD.—Nada menos importante que lo que hace el hom-

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teres, núm. 8